

NUESTROS DESIERTOS

Ya entrados en una nueva cuaresma en este nuevo 2024, vuelve la liturgia a traernos la imagen del desierto.

Espacio físico de nuestra espléndida naturaleza que nos sugiere soledad, sequedad, silencio y austeridad. No hay demasiadas cosas, sólo el cielo, la arena y yo, y nosotros, si vamos más.

Hoy pienso en los desiertos que nos formamos entre nosotros mismos, no son los desiertos físicos de la naturaleza, sino los espacios de silencio y vacío que nos vamos creando entre nosotros, distanciando y haciendo sofocante los momentos de presencia o con un tono agudo de dolor e incomodidad los momentos de ausencia.

Son también desiertos fuertes y pesados, mientras se atraviesa se sufre de la misma sed y agobio que viven los que caminan bajo el sol o la luna. Desiertos creados por las divisiones familiares, por los conflictos internos, por la indiferencia, por las etiquetas que nos alejan y predisponen a recocer al otros en su verdad y autenticidad.

Así pensamos en el pueblo de Israel, mientras atravesaba el desierto físico, también se crearon un desierto de lamentos, murmuraciones y anhelos de lo que no se tiene. La gente dice con angustia, miedo y hastío: “¡Ojalá hubiéramos muerto en la tierra de Egipto! ¡Ojalá hubiéramos muerto en este desierto!” (Nm 14,2) Los desiertos son exigentes y sacan nuestras últimas fuerzas, dejando a la luz nuestras flaquezas.

Agar (Gn 21, 14-21) es despedida y debe irse a vagar por el desierto, es un día de gran dolor en su alma, aunque ya llevaba tiempo viviendo el desierto dentro del hogar de Abraham, pues se habían creado un mundo de riñas y divisiones que causaban rivalidades y sequedad.

Las mujeres atravesamos largos desiertos, producto de muchas situaciones de injusticia en las que sólo prevalece el silencio, el aguantar y el seguir adelante y sin duda todo ello, se suma al gran aprendizaje de la vida.

Los migrantes soportan agresivos desiertos, creados por el racismo, las exclusiones y el abuso de poder de los que nos creemos propietarios de zonas de una tierra que nos fue dada gratuitamente y sin nosotros pedirla ni merecerla.

Los ancianos llevan en su corazón áridos desiertos, frutos de la soledad que deja el no tener tiempo de sus familiares.

Todos estamos bajo el agresivo y global desierto que nos deja el mudo virtual, agachados como nunca ante las pantallas, nos aislamos de los demás o cuando intentamos comunicarnos sólo creamos malos entendidos y aumentan los desiertos.

Así vamos seres humanos creando espacios de esclavitud entre nosotros mismos, sin permitirnos vivir la fraternidad y el amor, el perdón y la alegría que Dios nos da.

Hemos creado una sociedad árida y a la defensiva, vamos creciendo entre malos tratos y entre más rudos pareciera es mejor. Esta misma actitud entra sin permiso, en las familias, en los ambientes de trabajo, de estudio, en las comunidades religiosas, en la vida sacerdotal, entre nuestras pastorales e iglesias.

Se nos van tiñendo las relaciones de desiertos y cuando nos damos cuenta, estamos bajo el peso de la sequedad interior. Es por ello fundamental darnos cuenta de nuestra situación actual y sincerar nuestras relaciones con nosotros mismos y con los demás.

Que esta cuaresma 2024, nos sirva de estación y pausa para dar nombre a nuestros desiertos creados e impuestos, y descubrir el grado de daño y sequedad que va dejando en nuestro ser.

Es oportuno redimensionar este desierto y permitir que Jesús nos acompañe, así podemos decir que será nuevo y mejor, pues junto a Él aprenderemos a limar asperezas, a colocar las cosas en su lugar, a no pretender volver a lo de antes, sino asumir los pasos que se han dado y lo crecido que nos encontramos, pues cada tramo de dificultades nos renueva y nunca somos las mismas personas que iniciamos un desierto.

De igual modo, están los desiertos sociales, todos los espacios de vacío e intemperie que atraviesan las personas cuando no se tiene un sistema de seguridad social y ético que respalde nuestra vida cotidiana. Es un desierto intenso y forzado que nos impone protegernos y aislarnos de los demás, encerrarnos y olvidar la experiencia de ser participativos y activos en la vida de las comunidades y áreas comunes.

Necesitamos transformar los desiertos sociales en espacios de vida estable y equitativa, pues en cuaresma se desea vivir un desierto espiritual, que no se asemeja a los desiertos sociales y relacionales que nos vamos creando bien, como hijos, hermanos, amigos y ciudadanos.

El desierto de cuaresma, nos ayuda a esclarecer las características de los desiertos, para tomar de ellos la conversión, el cambio de vida y salir de ellos con mayor fortaleza espiritual, social y moral. ¿Qué has aprendido de tus desiertos creados? ¿Qué te va dejando Dios en el desierto espiritual? ¿Cuál es el verdadero desierto de cuaresma? ¿Es otro o es

este mismo que llevamos hoy, pero sólo releído y revivido desde la mirada misericordiosa y transformadora de Jesucristo?

Lucy Peña

Venezuela